

EL VESTIDO NUEVO

MABEL TUVO LA PRIMERA SOSPECHA SERIA DE que algo no iba bien cuando se quitó la capa y la señora Barnet —al entregarle el espejo y acariciar los cepillos, llamando así su atención, de manera tal vez un poco exagerada, hacia todos los utensilios para el arreglo y cuidado del pelo, el cutis y la ropa, que reposaban en el tocador— confirmó la sospecha de que algo no iba bien, que había algo que no estaba bien del todo. Esta fue creciendo y agudizándose cuando subió las escaleras, y se apoderó definitivamente de ella, con total convicción, cuando, después de saludar a Clarissa Dalloway, se dirigió en línea recta hacia el fondo del salón, hacia un rincón oscuro del que colgaba un espejo, y se miró en él. ¡No! Definitivamente algo no iba *bien*. Y de inmediato, aquel sentimiento de infelicidad que siempre había tratado de ocultar, esa profunda insatisfacción —la sensación que había tenido

desde niña de ser inferior a los demás— la invadió despiadadamente, implacablemente, con una intensidad que no podía aplacar como lo hacía cuando se despertaba por las noches en casa y se ponía a leer a Borrow o a Scott. Porque, ¡ay!, todos esos hombres y todas esas mujeres estaban pensando “Pero ¿qué es lo que Mabel lleva puesto? ¡Parece un espantajo! ¡Qué vestido tan horroroso!”, mientras parpadeaban al acercarse y cerraban después los ojos con fuerza. Lo que la deprimía era su propia y aterradora ineptitud, su cobardía, esa sangre débil y aguada. Y de inmediato el salón en el que tantos planes había hecho con su humilde modista, durante horas y horas, le pareció infame y repulsivo; y su propio salón, miserable, y ella misma —al salir de su casa, toda henchida de vanidad, mientras revisaba las cartas que reposaban sobre la mesa de la entrada y decía: “¡Qué aburrición!”, solo para presumir—, todo eso le pareció ahora indescriptiblemente tonto, ridículo y provinciano. Todo había quedado totalmente destruido y en evidencia, todo había estallado, tan pronto entró al salón de la señora Dalloway.

Lo que Mabel pensó, mientras tomaba el té, la noche que llegó la invitación de la señora Dalloway, fue que, desde luego, no podría ponerse un vestido de última moda. Era absurdo siquiera pretenderlo: un vestido de última moda implicaría diseño, estilo, por lo menos treinta guineas; pero ¿por qué no

ser original? ¿Por qué no ser, de cierta forma, ella misma? Y, poniéndose de pie, fue a buscar aquella vieja revista de modas de su madre, una revista de la moda parisina de la época imperial, y entonces pensó en lo mucho más bonitas, dignas y femeninas que eran las mujeres en esos tiempos, de modo que se empeñó —¡vaya tontería!— en tratar de ser como ellas, felicitándose, de hecho, por ser modesta y chapada a la antigua, y muy agraciada, entregándose, sin duda alguna, a una orgía de amor propio que merecía ser castigada y por eso se vistió de esta manera.

Pero Mabel no se atrevía a mirarse en el espejo. No era capaz de afrontar todo ese horror: el vestido de seda amarillo pálido, ridículamente anticuado, con esa falda larga y esas mangas en forma de globo, y el talle y todas las cosas que se veían tan bonitas en la revista de modas, pero no en ella, no en medio de toda esa gente tan normal. Se sintió como el maniquí de una modista, puesta allí para que los jóvenes le clavaran alfileres.

—Pero, querida, ¡qué vestido tan encantador! —dijo Rose Shaw, al tiempo que la miraba de arriba abajo con los labios fruncidos, en esa mueca sarcástica que Mabel se esperaba, mientras que ella misma iba vestida con el último grito de la moda, exactamente como todos los demás, como siempre.

Todos somos como moscas tratando de trepar hasta el borde del plato, pensó Mabel, y repitió la frase como si se

santiguara, como si tratara de encontrar algún tipo de conjuro para mitigar ese dolor, para hacer soportable la agonía. Citas de Shakespeare, fragmentos de libros que había leído hacía años, llegaban de pronto a su mente cuando estaba sufriendo, y ella las repetía una y otra vez. “Moscas tratando de trepar”, repitió. Si pudiera repetir eso las suficientes veces y obligarse a ver las moscas, lograría anestesiarse, serenarse, congelarse, aturdirse. Ahora podía ver moscas arrastrándose lentamente para escapar de un plato lleno de leche, con las alas pegadas; y Mabel se esforzó y se esforzó (mientras permanecía frente al espejo, escuchando a Rose Shaw) para obligarse a ver a Rose Shaw y a toda la gente que estaba allí como moscas tratando de salirse de algo —o de meterse en algo—, raquíticas, insignificantes y laboriosas moscas. Pero Mabel no lograba verlos así, no a los demás. Se veía así a sí misma —ella era una mosca—, pero los demás eran libélulas, mariposas, hermosos insectos que bailaban, aleteaban y revoloteaban, mientras que ella era la única que se arrastraba para salir del plato. (La envidia y el rencor, los vicios más detestables, eran sus principales defectos.)

—Me siento como una vieja mosca sin gracia, decrepita y horriblemente sórdida —dijo, haciendo que Robert Haydon se detuviera solo para oírla decir eso, con el único fin de tranquilizarse improvisando una frase tonta y mal hilvanada

para mostrar lo indiferente y lo ingeniosa que era, y que no se sentía excluida en lo más mínimo. Y, por supuesto, Robert Haydon respondió algo bastante caballeroso, bastante falso, cosa que Mabel entendió al instante, y entonces se dijo a sí misma (tomándolo de nuevo de un libro), tan pronto él desapareció: “¡Mentiras, mentiras, mentiras!”. Dado que una fiesta vuelve las cosas o bien mucho más reales, o bien mucho menos reales —pensó Mabel—, ella había logrado llegar en un instante al fondo del corazón de Robert Haydon y había visto todo. Había visto la verdad. *Esto* era la verdad, ese salón, esa personalidad, lo otro era falso. El pequeño taller de costura de la señorita Milan era en realidad horriblemente sofocante, mal ventilado y miserable. Olía a ropa y a cocido de repollo, y, sin embargo, cuando la señorita Milan le puso el espejo en la mano y ella se miró con el vestido puesto, terminado, sintió una extraordinaria felicidad que inundó su corazón. Bañada por la luz, Mabel renació de repente. Libre de preocupaciones y arrugas, ahí estaba todo lo que había soñado para sí misma: una mujer hermosa. Solo por un segundo (no se había atrevido a mirarse por más tiempo, la señorita Milan quería hablar sobre el largo de la falda) la había mirado desde el espejo, enmarcada por la moldura ondulada de caoba, una muchacha encantadora y pálida que sonreía enigmáticamente: su esencia, su verdadera alma;

y no fue solo la vanidad, no solo el amor propio, lo que la hizo pensar que también era buena, tierna y real. La señorita Milan dijo que la falda no podía ser más larga; si acaso, dijo la señorita Milan frunciendo el ceño y concentrando en ella toda su atención, la falda debía ser más corta; y Mabel sintió, de pronto, una sincera adoración por la señorita Milan, y sintió más cariño por ella que por cualquier otra persona en el mundo, y podría haber llorado de compasión —al verla arrastrándose por el suelo, con la boca llena de alfileres, la cara roja y los ojos saltones— ante la idea de que un ser humano tuviera que hacer eso por otro, y entonces los vio a todos como simples seres humanos, y se vio a sí misma saliendo hacia su fiesta, y a la señorita Milan tapando la jaula del canario, o dejando que este cogiera una semilla de cáñamo de entre sus labios, y el hecho de pensar en eso, en ese aspecto de la naturaleza humana y su paciencia y su resistencia, y el hecho de contentarse con esos pequeños placeres tan miserables, tan nimios y tan básicos hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas.

Pero ahora todo aquello se había esfumado. El vestido, el salón, el amor, la compasión, el espejo ondulado y la jaula del canario; todo había desaparecido y solo estaba ella, en un rincón del salón de la señora Dalloway, sometida a mil torturas y totalmente despierta en medio de la realidad.

La verdad es que todo aquello era ridículo, cobarde y frívolo: preocuparse de esa manera, a su edad y con dos hijos; depender todavía tanto de las opiniones de los demás y no tener principios ni convicciones; no ser capaz de decir, como lo hacían otras personas: “¡Pensemos en Shakespeare! ¡Eso es la muerte! No somos más que un grano de arena en el desierto”, o cualquier cosa que la gente dijera.

Mabel se miró al espejo, se arregló el vestido en el hombro izquierdo y se dirigió hacia el centro del salón, como si de todos lados le estuvieran arrojando lanzas a su vestido amarillo. Pero en lugar de parecer altiva o trágica, como habría hecho Rose Shaw —Rose se habría visto como Boadicea¹—, Mabel se veía estúpida y acomplejada, y sonreía como una colegiala, mientras caminaba por el salón arrastrando los pies, prácticamente a hurtadillas, como si fuera un gozque apaleado, y luego se quedó observando un grabado. ¡Como si uno fuera a una fiesta a contemplar un cuadro! Todo el mundo sabía por qué lo hacía: por vergüenza, porque se sentía humillada.

“Ahora la mosca está en el plato”, dijo para sus adentros, “justo en el centro, y no puede salirse porque la leche”, pensó, mientras observaba rígidamente el cuadro, “hace que las alas se peguen una contra la otra”.

1 Boadicea o Boudicca fue una reina celta, soberana de un pueblo que vivía en las tierras más orientales de la Isla de Gran Bretaña, que se reveló contra los romanos en el año 60 d. C. [N. de la trad.]

—Es tan anticuado —le dijo a Charles Burt, obligándolo a detenerse (cosa que él odiaba) mientras se dirigía a conversar con alguien más.

Mabel se refería —o trató de obligarse a creer que se refería— a que el cuadro era anticuado, no su vestido. Y una sola palabra de galantería, una palabra de afecto de parte de Charles habría marcado toda la diferencia para ella en ese momento. Bastaría con que hubiese dicho: “Mabel, ¡qué linda te ves hoy!”, y eso habría cambiado toda su vida. Pero, claro, para eso ella tendría que haber sido sincera y directa. Desde luego, Charles no dijo nada por el estilo. Él era la maldad en persona; siempre veía a través de los demás, en especial si alguien se sentía particularmente miserable, despreciable o estúpido.

—¡Mabel tiene un vestido nuevo! —dijo Charles y la pobre mosca fue arrojada exactamente al centro del plato.

Realmente a él le habría gustado que ella se ahogara, pensó Mabel. Charles carecía de corazón, no tenía ni la cortesía más elemental, solo un barniz de amabilidad. La señorita Milan era mucho más real, mucho más afable. Si solo pudiéramos sentir eso y atenernos siempre a eso. “¿Por qué...?”, se preguntó Mabel, contestándole a Charles tal vez de manera demasiado impertinente, dejándole ver que estaba furiosa, o “alterada”, como había dicho él (“Estás un poco alterada, ¿no?”, dijo Charles y de inmediato se fue a reírse de Mabel con otra mujer

que estaba por allá). “¿Por qué”, se preguntó Mabel, “no puedo sentir siempre lo mismo, sentirme segura de que la señorita Milan tiene razón, y Charles no, y aferrarme a eso; sentirme segura del canario y la compasión y el amor, y no sentirme vapuleada cada vez que entro a un salón lleno de gente?”. De nuevo, todo esto era resultado de su carácter detestable, débil y vacilante, siempre claudicando en el momento más crítico, sin ser capaz de interesarse seriamente en la malacología, la etimología, la botánica, la arqueología, el arte de cultivar papas y verlas dar frutos, como Mary Dennis, como Violet Searle.

Luego, al ver allí a Mabel, la señora Holman se dirigió hacia ella. Por supuesto, un vestido era un asunto demasiado indigno como para llamar la atención de la señora Holman, teniendo en cuenta que su familia siempre se estaba cayendo por las escaleras o en cama con escarlatina. ¿Podría Mabel decirle si era posible alquilar la casa de Elmthorpe durante agosto y septiembre? ¡Ay, era una conversación que la aburría de un modo indescriptible! La enfurecía que la trataran como a un agente de bienes raíces o un mensajero, que la usaran sin más. Carecer de valor, eso era, pensó Mabel, tratando de agarrarse a algo sólido, algo real, mientras intentaba responder con sensatez preguntas sobre el baño y el ala sur y la llegada del agua caliente hasta el último piso de la casa. Y todo el tiempo podía ver pedacitos de su vestido amarillo en el

espejo redondo, que hacía que todo se viera del tamaño de un botón o un renacuajo; y era asombroso pensar en cuánta humillación y sufrimiento y odio hacia sí misma y esfuerzo y apasionados altibajos emocionales podía albergar una cosa del tamaño de una moneda de tres peniques. Pero lo que era todavía más extraño era que esa cosa, esa Mabel Waring, se mantenía al margen, totalmente desconectada; y aunque la señora Holman (el botón negro) se inclinaba hacia delante y le estaba contando cómo su hijo mayor había forzado hasta el límite su corazón de tanto correr, Mabel también podía verla a ella totalmente desconectada en el espejo y era imposible que el punto negro —que se inclinaba hacia delante y gesticulaba— hiciera que el punto amarillo —sentado solitario, absorto en sí mismo— sintiera lo que el punto negro estaba sintiendo, por más que las dos fingieran hacerlo.

—Es imposible mantener quietos a los chicos —era la clase de cosas que se decía en estos casos.

Y la señora Holman —que nunca se cansaba de que la compadecieran y buscaba con avidez toda la conmiseración que quisieran ofrecerle, como si esta le perteneciera por derecho propio (aunque en realidad se merecía mucha más porque también estaba su pequeña, que había amanecido hoy con una rodilla hinchada)— tomó ese miserable tributo y lo miró con sospecha, con reticencia, como si fuera medio penique

cuando debería haber sido una libra, y lo guardó en su bolso, pues tenía que conformarse con eso, a pesar de lo mezquino y miserable que era, porque los tiempos estaban difíciles, muy difíciles. Y así siguió, la ofendida señora Holman, cacareando sobre la chiquilla con las articulaciones hinchadas. Ah, ¡qué tragedia esta codicia, este clamor de los seres humanos! —que gritaban y agitaban las alas, como una bandada de cormoranes, pidiendo atención—. Sería trágico, si fuera un sentimiento genuino y no solo una compasión fingida.

Pero metida en su vestido amarillo aquella noche, Mabel ya no podía exprimir una gota más; ella quería toda la compasión para sí misma. Sabía (pues no había dejado de mirarse al espejo, sumergiéndose en aquel espantoso estanque azul tan revelador) que estaba condenada, que los demás la despreciaban y la habían abandonado en ese estanque remoto porque no era más que una criatura débil y dubitativa; y Mabel creía que el vestido amarillo era una penitencia que merecía, y que si estuviese vestida como Rose Shaw —con aquel adorable traje verde ceñido con volantes de seda— también lo habría merecido, y entonces pensó que no tenía escapatoria, ninguna en absoluto. Pero, después de todo, tampoco era enteramente su culpa. El problema era venir de una familia de diez hijos, y no tener nunca dinero suficiente, y estar siempre escatimando y economizando; y ver a su madre trasteando latas

enormes, y el linóleo gastado en los bordes de las escaleras, y tener una tragedia doméstica tras otra —nada catastrófico, solo las dificultades de la granja de ovejas, pero sin que quebrara por completo; que su hermano mayor se hubiese casado con una mujer de una clase social más baja, pero no del todo—. Tampoco había romanticismo, nada excepcional en ellos. Vacacionaban respetablemente en hoteles a la orilla del mar; incluso en este momento, en cada balneario de la región se hospedada alguna de sus tías, en una habitación sin vista al mar. Eso era tan propio de ellos; siempre obligados a mirar todo de soslayo. Y ella había hecho lo mismo, era exactamente como sus tías. Porque a pesar de todos sus sueños de vivir en la India, casada con un héroe como sir Henry Lawrence², con algún funcionario del imperio (todavía se emocionaba cuando veía a algún indio con turbante), había fracasado por completo. Se había casado con Hubert —con su empleo de segundo orden en los juzgados, seguro y permanente— y habían logrado sobrevivir de manera tolerable en una casa más bien pequeña, sin tener criadas propiamente dichas, y recalentando sobras cuando estaba sola o comiendo solo pan con mantequilla; pero de vez en cuando —la señora Holman se había marchado, pensando que Mabel era la mentecata más

2 Militar británico que ocupó cargos administrativos en la India en el siglo XIX.
[N. de la trad.]

tonta y antipática que había conocido en la vida, y además se veía ridícula con ese vestido, y se había ido a hablarle a todo el mundo sobre la grotesca apariencia de Mabel—, de vez en cuando —pensó Mabel Waring, que se había quedado sola en el sofá azul, acomodando el cojín con el propósito de parecer ocupada, porque de ningún modo iba a reunirse con Charles Burt y Rose Shaw, que parloteaban como cotorras y tal vez se reían de ella junto a la chimenea—, de vez en cuando tenía sus momentos de placer, como, por ejemplo, leyendo la otra noche en la cama, o acostada en la arena junto al mar, tomando el sol en Pascua —dejemos que lo recuerde: un matorral de carrizo de color verde pálido todo retorcido, como un manojo de lanzas que se alzaban contra el cielo; y el firmamento, azul como un suave huevo de porcelana, igual de firme, igual de duro; y la melodía de las olas, “shshhh, shshhh”, decían las olas; y los gritos de los niños que chapoteaban en el agua—. Sí, había sido un momento grandioso, y ella ahí, sintiéndose recostada en las manos de la diosa que era el mundo; una diosa de corazón más bien duro pero hermosa, un corderito tendido sobre el altar (estas eran las estupideces que se podían pensar, pero no importaba siempre y cuando nunca las dijéramos en voz alta). Y también con Hubert había tenido a veces, de manera inesperada —mientras cortaban el cordero para el almuerzo del domingo, sin razón alguna, al abrir una

carta, al entrar a un salón—, algunos momentos grandiosos, en los que Mabel se decía (porque nunca se lo diría a nadie más): “Esto es. Ha sucedido, ¡esto es!”. Y lo contrario de esto era igual de sorprendente, es decir, cuando todo estaba dispuesto —la música, el clima, las vacaciones—, cuando estaban presentes todas las razones para ser feliz y no ocurría nada; no éramos felices y el mundo era un desierto, solo un desierto, y nada más.

¡Otra vez su desdichada personalidad, no cabía duda! Siempre había sido una madre quejumbrosa, débil e inepta, una esposa insegura, repantigada en una especie de existencia crepuscular, sin tener nada muy claro ni ser muy audaz, sin decidirse por una cosa o la otra; como todos sus hermanos y hermanas, excepto, tal vez, Herbert, todos eran unas criaturas a las que les corría agua por las venas y no hacían nada. Pero luego, en medio de esa vida rastrera e indigna, de repente se encontraba en la cresta de la ola. Esa desgraciada mosca —¿dónde había leído la historia que recordaba una y otra vez sobre la mosca y el plato?— luchaba para salir del plato. Sí, ella había tenido momentos así, pero ahora que había llegado a los cuarenta, es probable que estos se presentaran cada vez más esporádicamente. Poco a poco dejaría de luchar. ¡Pero eso era deplorable! ¡Insoportable! ¡Eso la hacía sentir vergüenza de sí misma!

Mañana mismo iría a la Biblioteca de Londres y encontraría, totalmente por azar, algún libro maravilloso, útil y asombroso, un libro escrito por un clérigo, o por un escritor americano del que nunca había oído hablar; o caminaría por Strand y llegaría, por accidente, a un salón en el que algún minero hablaba de su vida en las profundidades, y de repente ella se convertiría en una persona nueva. Se transformaría por completo. Comenzaría a usar uniforme, la llamarían enfermera Fulana, y nunca más volvería a preocuparse por la ropa. Y de ahí en adelante tendría total claridad sobre Charles Burt y la señorita Milan, y este salón y el otro; y la vida siempre sería, día tras día, como si estuviera acostada al sol o cortando el cordero. ¡Y eso sería todo!

Así que Mabel se levantó del sofá azul y el botón amarillo del espejo también se puso de pie; se despidió de Charles y Rose con un gesto de la mano, para mostrarles que no dependía de ellos ni un ápice, y el botón amarillo se salió del espejo, y todas las lanzas penetraron en su pecho mientras caminaba hacia la señora Dalloway y decía:

—Hasta luego.

—Pero si es muy temprano para marcharse —dijo la señora Dalloway, siempre tan encantadora.

—Sí, me temo que tengo que irme —dijo Mabel Waring—. Pero —agregó con esa voz débil e insegura que solo sonaba

más ridícula cuando trataba de volverla más enérgica— me divertí muchísimo.

—Me divertí mucho —le dijo al señor Dalloway, a quien se encontró en las escaleras.

“¡Mentiras, mentiras, mentiras!”, se dijo para sus adentros mientras bajaba la escalera, y “¡Otra vez en el centro del plato!”, cuando le dio las gracias a la señora Barnet por ayudarla y comenzó a envolverse y envolverse en la capa china que usaba desde hacía veinte años.